

Las lecciones de una derrota

Antoine Artous y Stathis Kouvélakis

Los resultados de las elecciones presidenciales en Francia marcan un giro político muy importante en este país. En primer lugar por la muy clara victoria de Sarkozy. Luego por el fracaso que ha traducido para la izquierda, para el PS ante todo, pero también para la izquierda radical y antiliberal. De hecho, las presidenciales cierran lo que algunos analistas han llamado el “ciclo político antiliberal” que marcaba la vida política y social desde 1993/94. Como veremos, esto no es sinónimo para nosotros de una “derechización” de la sociedad francesa. Pero se trata claramente de un giro cuyos efectos van más allá de las fronteras, teniendo en cuenta la situación particular que ha conocido este país en el período pasado. Y esto implica análisis y discusiones, particularmente en la izquierda radical, que no hacen sino comenzar. Este artículo, escrito antes de las elecciones legislativas, intenta simplemente subrayar algunos puntos que nos parecen importantes.

Sarkozy, una victoria estratégica. La victoria de Sarkozy es de orden estratégico: tras más de un decenio de crisis social y política, permite a la derecha francesa unificarse, reconstruirse y ponerse en orden de combate para desarrollar una política ultraliberal. Desde hace 25 años, el mecanismo de alternancia se traducían en una desaprobación del poder en vigente. Sin embargo, mientras que la UMP gobierna el país desde 2002, Sarkozy obtiene uno de los mejores resultados de la derecha bajo la V República. Muerde con fuerza en el electorado de Le Pen, reduciendo así el estorbo del Frente Nacional para la derecha.

Mientras que durante la era Jacques Chirac, la derecha parecía políticamente paralizada y a la defensiva, la victoria de Sarkozy traduce una dinámica importante de renovación de sus equipos dirigentes, pero también una ruptura política e ideológica con esa era. Según una fórmula a menudo repetida, la derecha está ahora “desacomplejada” y tiene la voluntad de asumir claramente, tanto en el plano político como ideológico, un neoliberalismo duro, abiertamente autoritario. El pase a la mayoría presidencial de la mayor parte de los diputados UDF que habían apoyado a Bayrou en las elecciones presidenciales refuerza la hegemonía de Sarkozy.

Si ha jugado la “ruptura” en el plano político-ideológico, no hizo igual en lo que concierne a las instituciones de la V República, mientras que Bayrou, y luego Ségolène Royal, avanzaban elementos de “modernización”, proponiendo principalmente introducir una dimensión proporcional en la elección de los diputados.

Sin entrar aquí en los detalles, han que subrayar que estas instituciones se habían convertido en un factor de inmovilismo y de crisis. Principalmente, a causa del cerrojo político producido por el sistema del bipartidismo, transformándose los dos grandes partidos ellos mismos en escuderías de los dos candidatos (UMP y PS) en las elecciones presidenciales. De ahí una distancia importante entre el “país real” y el

“país legal” y reacciones “antisistema” en el origen, entre otros factores, de la fuerte subida de Le Pen en 2002. En 2007, la reacción antisistema se ha expresado ante todo a través del ascenso (imprevisto) de Bayrou, tanto más en la medida en que no existía candidatura creíble a la izquierda del PS. Sarkozy no pretende poner en cuestión el bipartidismo, le permite estructurar su hegemonía sobre la derecha, a la vez que mantiene la polarización política entre la derecha y la izquierda (PS).

Sin embargo, el acento fuertemente populista de su campaña era una forma de responder a la distancia entre el “país real” y el “país legal”. Va a proseguir en este sentido, acentuando lo que se llama la “presidencialización” de las instituciones. Por decirlo rápidamente, el presidente de la República no se dará a sí mismo la figura de un árbitro, sino que se convertirá en un “super primer ministro”, dirigiendo la acción política cotidiana. Manteniendo un estatuto a parte, puesto que es elegido por sufragio universal, a la vez que tiene el derecho a disolver la Asamblea nacional.

Mientras que clásicamente, en la V República, el primer ministro jugaba el papel de un “fusible”, Sarkozy estará pues directamente expuesto. Pero esto corresponde claramente a su orientación que apunta a poner en marcha una política ultraliberal, sin temer la conflictividad social. Al contrario, quiere más bien utilizarla y responder a ella con una forma autoritaria de presidencialismo, apoyado en una fuerte dimensión populista (seguridad, inmigración, identidad francesa).

¿Una “derechización” de la sociedad francesa? La ruptura es pues importante. Sin embargo, ¿se puede decir -como se oye a menudo, y no sólo en los medios- que el éxito de Sarkozy es el simple reflejo de una “derechización” de la sociedad francesa?. Al ciclo antiliberal sucedería así un ciclo liberal: el liberalismo se habría convertido en dominante en el cuerpo social. Esta tesis nos parece errónea, no en el sentido de que sería falsa, sino porque se muestra unilateral. La victoria de Sarkozy no es ciertamente un accidente, tiene raíces profundas, principalmente ideológicas. Se inscribe en tendencias anteriores al endurecimiento de las políticas neoliberales, que a su vez ha radicalizado. Sin embargo, esta victoria no es en absoluto una simple prolongación lineal e ineluctable de estas tendencias. Los gobiernos en los que ha participado Sarkozy han conocido derrotas importantes en todas las elecciones intermedias desde 2002. Han estado confrontados a fuertes movilizaciones sociales, y si la derecha ha marcado puntos en 2003 (jubilaciones), ha tenido que retroceder de nuevo a comienzos de 2006 (sobre el CPE). Por otra parte, si existen fracturas en el seno de las clases populares (exclusión, precariedad, paro...) que favorecen el discurso populista de Sarkozy, desde el punto de vista político-ideológico la situación no ha cambiado cualitativamente. El Frente Nacional, por otra parte, las utilizaba desde hace mucho.

El éxito de Sarkozy reside en su capacidad de transformar las coordenadas de una situación, interviniendo activamente en sus contradicciones, y no simplemente de reflejarlas o consolidarlas. Las contradicciones del ciclo antiliberal se habían concentrado en el plano político central (hablaremos de ello). Comprendiendo el meollo político particular de estas elecciones presidenciales, en esta coyuntura, Sarkozy ha

entendido que no podían ganarse “en el centro”. Había que dar una respuesta “radical” a una situación prolongada de crisis política y social que conocía la sociedad francesa desde hace más de un decenio. Si Bayrou ha intentado cabalgar sobre las reacciones “antisistema” del electorado, Sarkozy ha sabido, por su parte, plantear una perspectiva de salida de la crisis: “la ruptura”.

He aquí porqué el carácter no predeterminado, activamente construido, de la victoria de Sarkozy no es en absoluto una buena noticia: si no se contenta con “traducir” electoralmente una derechización preexistente, Sarkozy está tanto mejor situado para hacer que se produzca e inscribirla de forma duradera en la sociedad francesa. Nada sería más ilusorio que pensar que las resistencias sociales podrán hacer frente solas a esta nueva legitimidad, construida sobre el terreno político. Con su llegada al poder se hace precisamente previsible, en Francia, lo que las correlaciones de fuerza establecidas en el curso del período pasado habían logrado hacer fracasar, es decir una terapia de choque del tipo Thatcher. Terapia sobre la que hay que subrayar que, en Gran Bretaña mismo, no era en absoluto inevitable, incluso tras el primer éxito de los conservadores (1979). La contrarreforma thatcheriana debió ganarse tras ardua pelea (principalmente contra los mineros en 1984-85) y, a pesar de todas las teorizaciones sobre el carácter pretendidamente “hegemónico” de su “populismo autoritario”, no se apoyaba en absoluto en una adhesión mayoritaria de la población a la liquidación del estado social.

En el PS. A pesar de su subida espectacular en las elecciones regionales, el PS se ha encontrado en una situación de parálisis y de crisis, que era consecuencia del balance calamitoso del gobierno de la “izquierda plural” y de la eliminación de Jospin de la segunda vuelta de las presidenciales de 2002. Su división abierta en el referéndum sobre el TCE, con la aparición de corrientes significativas que ponían en cuestión la orientación neoliberal, ha sido su expresión manifiesta. Laurent Fabius, que se había pronunciado a favor del “no” en 2005, pretendía situarse en la prolongación de la era *miterrandiana*, manteniendo el anclaje del PS “en la izquierda”. Pero, además de la débil credibilidad del personaje, que había sido una de las figuras eminentes del social-liberalismo, la perspectiva, desde el punto de vista del PS, parecía poco creíble. Los antiguos aliados de la “izquierda plural”, se habían hundido y/o habían tomado distancias. El propio PS, partido tradicionalmente privado de las estructuras de masas de la socialdemocracia, se ha hecho en gran medida autónomo de la base social de la izquierda. Atrapado por las instituciones estatales y el juego de las alternancias gubernamentales, desprovisto de real sustancia militante, está estrechamente controlado por un aparato central fuertemente burocratizado y un pletórico contingente de electos. Fue la izquierda radical y antiliberal la que ocupaba el espacio político a la izquierda del PS. Pero, por esta misma razón, y debido a las divisiones internas, la dirección del PS no podía proseguir de forma abierta su marcha hacia el social-liberalismo, sobre todo tras la victoria del no al TCE.

Ségolène Royal lanzó pues su candidatura esquivando al partido. Jugó con la aspiración de renovación (y la candidatura de una mujer), la “modernización” de la democracia (democracia participativa, etc), haciendo guiños a su izquierda y/o hacia las capas

medias, a la vez que retomaba una versión atenuada de la temática *sarkozyana* de los “valores”: orden, trabajo, identidad nacional, elogio de la familia. Sobre las cuestiones económicas y sociales, ha oscilado entre un proyecto inicial inspirado en Tony Blair, y poco distinto en el fondo del de Sarkozy, (“reconciliación con las empresas”, reemplazo de los derechos sociales por un discurso compasivo y moralizante, denuncia del “asistencialismo” y rehabilitación “ética” del “trabajo”) y de las concesiones, a menudo de pura circunstancia, a elementos más clásicamente social-demócratas, bajo la presión de su partido o de la necesidad de dirigirse al electorado de izquierda. Y cuando la subida de Bayrou se ha acentuado en los sondeos, ha hecho aparecer claramente su orientación: acabar con la herencia de la era Mitterrand para volverse hacia el centro.

Una orientación así, aderezada de *ziz-zags*, no era en absoluto capaz de proponer una “ruptura”, alternativa a la de Sarkozy. Al contrario, ha acelerado la desagregación ideológica del PS y reforzado la postura ofensiva de la derecha, encantada de ver que el debate sobre los “valores” sustituía a las alternativas en materia de política económica y social. Si Ségolène Royal ha recogido en la primera vuelta una parte de los votos “anti-Sarkozy” (el “voto útil” contra la derecha), los votos “antisistema” han sido principalmente captados por Bayrou. Su resultado mediocre hace aparecer que la distensión de los lazos entre el PS y sectores decisivos de su electorado no solo ha proseguido sino que incluso se ha acentuado: a la secesión de las capas populares ha venido a añadirse el distanciamiento de una parte significativa del asalariado intermediario e intelectual.

En la segunda vuelta, el resultado de Royal es, ciertamente, casi idéntico al de Jospin en 1995. Sin embargo, mientras que Jospin y el PS se encontraban en el centro de un dispositivo estratégico (de alianzas, de orientación, etc.) que iba a desembocar en la “izquierda plural” dos años más tarde, el PS sale de esta derrota profundamente desorientado y desprovisto de perspectivas claras. Se está abriendo una crisis de “refundación”, cuyos contornos precisos es demasiado pronto para definir. Sin embargo, teniendo en cuenta el fenómeno Bayrou (y más allá del devenir político propio del personaje y del partido que acaba de lanzar) y el debilitamiento de sus antiguos socios de izquierda (PCF, Verdes), la tendencia ampliamente dominante del aparato será la de un giro hacia el “centro”, en el sentido de un encuentro entre el social-liberalismo y el liberalismo-social que se desarrolla, por otra parte, a escala europea.

La marginación de la izquierda antiliberal en estas elecciones da, naturalmente, espacio para una orientación así. Su política “autosuicida”, de la que la fragmentación es a la vez el resultado y una de las causas, que ha llevado a esta marginación, no tendrá solamente efectos, que se hacen sentir con fuerza ya, “a la izquierda de la izquierda”. Es un dato que ha pesado sobre el conjunto de la situación política, y por consiguiente de su futura dinámica.

El balance de los resultados a la izquierda del PS. En la primera vuelta de las presidenciales, Olivier Besancenot (LCR) alcanza el 4,08%, contra el 4,25% en 2002, Arlette Laguiller (LO) 1,33% contra el 5,72%, Gerard Schivardi (PT) 0,34% contra 0,45% para el candidato del PT en 2002. Los votos de extrema izquierda pasan pues del 10,4% al 5,75%. Marie Georges Buffet (PCF), obtiene 1,93 %

contra el 3,37% para el candidato del PCF en 2002 y José Bové 1,32%. Finalmente, los Verdes pasan del 5,3% al 1,57%. La constatación no tiene vuelta: en relación a 2002, al retroceso de los votos que dirigidos a la izquierda del PS es considerable. Solo Olivier Besançonot salva la situación (ganando incluso 200.000 votos) sobre la base de una campaña que ha tenido un eco real, ha visto venir a sus mítines a jóvenes estudiantes y asalariados, para muchos de los cuales era su primera experiencia política, que componen una parte significativa de su electorado. Existen dos formas de presentar estos resultados que remiten a análisis diferentes de la coyuntura.

La dirección de la LCR no se contenta con felicitar por el buen resultado de su candidato, subraya su alcance casi histórico. En primer lugar, en la evolución de las correlaciones de fuerza en el seno de la extrema izquierda. El ciclo electoral de Arlette Laguiller está claramente terminado, mientras que el de Olivier Besançonot no hace sino comenzar. Por otra parte, según esta lógica, un proceso de decantación se habría operado a la izquierda del PS. Ciertamente, la LCR habría llevado a cabo una batalla por la unidad de la izquierda antiliberal. Pero las divergencias eran demasiado importantes con corrientes que no han afirmado claramente su independencia respecto al PS. Además, hay que constatar que esas corrientes y militantes “a la izquierda de la izquierda” son el producto de la experiencia pasada, mientras que la LCR, por su parte, gracias sobre todo a la candidatura de Olivier Besançonot, está en sintonía con las nuevas generaciones.

Nuestro análisis es diferente. El balance es un fracaso para el conjunto de la izquierda radical respecto a las cuestiones políticas planteadas por la necesidad de una candidatura unitaria antiliberal que, además, era posible. El débil resultado del conjunto de los votos a la izquierda del PS remite principalmente a la ausencia de una alternativa unitaria creíble. El “voto útil” por Ségolène Royal, que, según las encuestas, ha afectado a cerca de la mitad del electorado de la extrema izquierda de 2002, traduce él mismo la percepción del voto por uno/a de los múltiples candidatos de la izquierda radical como un “voto inútil”, estrechamente identitario o protestatario, incapaz de influir sobre la correlación de fuerzas de conjunto y de abrir una perspectiva de ruptura a la izquierda. Pues el asunto se situaba claramente a ese nivel, y por ello el abandono de la perspectiva unitaria equivalía a un abandono del terreno de la alternativa política.

La LCR se libra ciertamente, con holgura, mejor que los demás. Pero, justamente, esto muestra el lugar que ocupa y sus responsabilidades particulares. Parece difícil considerar que el mantenimiento de Olivier Besançonot alrededor del 4% de los sufragios sea un resultado a la altura de las potencialidades de un período de movilizaciones sociales y electorales excepcionales, a veces incluso victoriosas, y mientras que, por primera vez desde hace decenios, el social-liberalismo era abiertamente empujado por su izquierda por el “no” en el referéndum y, sobre todo, por la fuerza de la campaña unitaria del “no” de izquierdas. En fin, es ilusorio creer que una nueva fuerza política va a construirse esencialmente a partir de “jóvenes” que hacen su primera experiencia, evitando las corrientes políticas salidas del ciclo pasado. La LCR, lejos de ello, no es la única responsable de este balance. Pero, teniendo en cuenta su lugar y el que somos militantes, nos contentaremos con algunas observaciones sobre su política.

Recapitulación. Para aclarar lo que se ha jugado, hay que entrar más en detalle en el período pasado y subrayar la inflexión en las coordenadas de la situación política. Por decirlo un poco esquemáticamente, el fracaso de las luchas contra la reforma de las jubilaciones en 2003 (como los efectos de las dificultades internacionales del movimiento altermundialista) anuncia el agotamiento de la “fase social” y “movimentista” del ciclo antiliberal, en la que el movimiento social parecía poder desarrollarse por el efecto de su propia dinámica únicamente. Se anuncia entonces una “vuelta de la política” que se expresa espectacularmente en la subida del PS en las elecciones regionales.

Desde 1995, la fuerza de la LCR -y el éxito de la candidatura de Olivier Besancenot en 2002 era su expresión- residía en su capacidad de unirse al aspecto multiforme del movimiento social para, de alguna forma, posicionarse como su ala radical. Sin embargo, el fracaso de 2003 hace aparecer los límites de un tal perfil político articulado alrededor de dos ejes: una batalla por las luchas y la preparación de una huelga general y un discurso propagandista sobre la necesaria “ruptura” con el sistema capitalista. El contenido del acuerdo y de la campaña LCR y LO en elecciones regionales de 2004 muestra que la dirección de la LCR tiene dificultades para reubicarse en relación al desplazamiento de los conflictos al terreno político. En efecto, presentaba esas listas como el único voto de izquierda útil en la primera vuelta contra la derecha. Es una visión un poco alucinada de la realidad: desde el punto de vista del voto útil contra la derecha, los electores optaron por el PS. Pero, en la segunda vuelta, la LCR no llamó a votar por el PS (o sencillamente a derrotar a la derecha).

La política unitaria respecto a LO no ha continuado. Por el contrario, se ha afirmado cada vez más una cierta visión del campo político a la izquierda del PS. Para la dirección de la LCR, todo ocurre como si el conjunto de las corrientes existentes entre el PS y la LCR expresaran, en el mejor de los casos, un simple proceso de descomposición política sin futuro, en el peor, un puente tendido hacia el social-liberalismo. No se trata de negar la dificultad ligada a la ausencia de cristalización nacional de corrientes significativas, autónomas respecto al PS y/o críticas respecto a la dirección del PCF, pero la dirección de la LCR tiene tendencia a considerar todo proceso que vaya en ese sentido como un obstáculo. Para ella, más allá de los discursos, todo ocurre como si la Liga fuera la única alternativa política al PS, capaz de polarizar directamente alrededor de ella a los militantes que quieren implicarse en la construcción de una nueva fuerza política.

Es con este perfil con el que la LCR emprende la batalla contra el Tratado Constitucional en el referéndum de mayo de 2005. Conforme a sus tradiciones (y al contrario que LO), es muy activa en la campaña unitaria por un “no de izquierdas”. Esto, naturalmente, es importante. Sin embargo cuando, más allá de la unidad de acción realizada sobre el terreno, se trata de tomar la medida de lo que está en juego en la coyuntura abierta por la victoria del No y los envites políticos abiertos para la izquierda radical, entonces aparecen de nuevo los problemas.

El reagrupamiento de los partidarios de un “No de izquierdas” al TCE tenía ciertamente un aspecto heterogéneo: una corriente de “izquierdas” del PS (PRS, dirigida por Jean-Luc Mélançon), la izquierda de los Verdes, el PCF, la LCR, corrientes y

personalidades a la izquierda del PCF, ATTAC, una personalidad como José Bové, emblemática del altermundialismo... Pero aparecía como si fuera la expresión de una izquierda radical, desmarcándose claramente del social-liberalismo del PS. Es por lo que se reconocieron en él una parte muy importante de los militantes críticos (sindicalistas, asociativos, altermundialistas...) que habían sido “animadores” de las movilizaciones pasadas. Resultó de ello una innovación importante, una red de varios centenares de comités unitarios, con decenas de miles de participantes (una parte importante de ellos sin afiliación partidaria) y cubriendo una amplia parte del territorio nacional. Esta red permitió, por primera vez sin duda desde los años 1970, superar la fragmentación entre corrientes opuestas y plantear concretamente la cuestión de una recomposición política en ruptura con el social-liberalismo.

Naturalmente, era preciso un contenido para esta unidad y un proyecto que permitiera estructurar políticamente este comienzo de recomposición en el terreno militante. La cuestión esencial era la de la independencia respecto al PS: la afirmación según la cual el candidato unitario y las fuerzas que le apoyaran no participarían ni en un gobierno, ni en una mayoría parlamentaria con el PS. Esta exigencia era defendida (hay que subrayarlo) por todas las corrientes de la Liga. Y desde septiembre de 2006, los colectivos (incluido el PCF) adoptaron un primer texto que iba claramente en ese sentido.

Era posible mejorar ese texto. Sobre todo si la dirección de la Liga hubiera explícitamente dicho que estaría de acuerdo en un candidato unitario si esta condición se cumplía. Pero no procedió nunca así, multiplicando las pujas y rechazando obstinadamente tomar la medida del capital que constituía la existencia de la red de comités unitarios. Haciendo como si las posiciones políticas tomadas por los comités no existieran, absteniéndose de la batalla llevada a cabo en ellos, ha centrado sus críticas en la orientación política de la dirección del PCF que, efectivamente, empujaba en el sentido del mantenimiento de un acuerdo posible con el PS. Todo teniendo como objetivo (no declarado) presentar a Marie-Georges Buffet como candidata unitaria de la izquierda antiliberal.

Una candidatura unitaria era posible. La política de la dirección de la LCR dejó entonces amplios márgenes de maniobra a la de la dirección del PCF, sobre todo tras el anuncio oficial de la candidatura de Olivier Besançon (junio de 2006), que se tradujo en la retirada de facto del proceso de las candidaturas unitarias. La Liga se encontró en la incapacidad de influir en la crisis del PCF, que se hacía cada vez más abierta, afectando incluso a su dirección nacional y a numerosos electos, que se declararon a favor de una candidatura unitaria y no por la de M. B. Buffet. Era ilusorio creer que el PCF en su conjunto iba a unirse a una candidatura unitaria sobre la base de una clara independencia respecto al PS. Por el contrario, resultó que una candidatura así era posible sobre la base de una crisis abierta en el PCF, reagrupando a una parte muy importante de sus militantes (y una parte de su dirección y de sus electos) y al conjunto de las demás componentes del movimiento; con la excepción posible de la corriente “izquierda” del PS, incluso si una tal candidatura tendría un impacto sobre militantes socialistas. Teniendo en cuenta su lugar, la LCR tenía aquí un papel clave que representar. Principalmente en el terreno político, pues es evidente que su

presencia activa en el seno de este movimiento unitario era una garantía de su perfil y de su dinámica política. No ha ocurrido nada de ello.

Quedan por explicar las razones de esta orientación política. Más allá de los juegos de alianza entre diversas corrientes internas de la LCR, aparecen dos cuestiones decisivas. La primera se refiere al análisis de conjunto de la coyuntura y del lugar de la elección presidencial. Manifiestamente, la dirección de la LCR no ha comprendido lo que políticamente cristaliza en ella desde el punto de vista de la condensación de las correlaciones de fuerza entre las clases y, en consecuencia, lo que representaba una candidatura unitaria de la izquierda radical. Y es por otra parte una constante de la LCR durante el ciclo pasado subestimar los momentos políticos de cristalización de las luchas de clase, en beneficio de un planteamiento esencialmente “social”, “movimentista”, (que no es en absoluto contradictorio con un propagandismo político abstracto) de esas luchas. Esta subestimación de la dimensión política estaba estrechamente ligada a una comprensión “estática” de la coyuntura reciente, que subestimaba sus elementos de crisis y de inestabilidad. Esta visión “pesimista” parece hoy reforzada por la victoria de Sarkozy (que, como hemos sugerido anteriormente, ha sabido zanzar en vivo, y en la derecha, la crisis), pero es al precio de un verdadero rechazo de las potencialidades del período pasado y de las responsabilidades de la izquierda radical en una salida que era, en nuestra opinión, todo salvo ineluctable.

Las elecciones presidenciales han sido tomadas desde una visión “rutinaria”, cuya función principal era hacer aparecer a la LCR en el campo político, apoyándose en la personalidad de Olivier Besançon y gestionando de la mejor manera su capital electoral. Por lo demás, está claro ahora que, desde el comienzo, una parte no despreciable de la dirección pensaba que había que anunciar su candidatura (pero eso habría sido minoritario en la LCR). Y esto -es la segunda cuestión decisiva- porque fundamentalmente, su dirección estima que la LCR es la única alternativa política a la izquierda del PS. Es por lo que, por otra parte, en la campaña por las legislativas, que siguen a las presidenciales y en donde la izquierda radical, salvo algunas excepciones, se presenta de forma totalmente dispersa, la LCR se autoafirma, frente al PS, como la representante de la “izquierda de combate”. Y, además del llamamiento a la movilización y la unidad que propone al conjunto de la izquierda de los sindicatos contra futuros malos golpes de Sarkozy, se dirige a los jóvenes estudiantes y trabajadores que han votado a Olivier Besançon a fin de construir una nueva fuerza anti-capitalista, cuyo crisol sería ella misma. Esto en el momento en que el PS anuncia que va a emprender una refundación, abriéndose hacia el centro, reforzando así la necesidad de una alternativa de la izquierda radical que, a menos de tener una visión deformada de la realidad, no puede cristalizarse únicamente alrededor de la LCR. Pero aquí comienza otra historia y otros debates...

Antoine Artous y Stathis Kouvélakis son militantes de la LCR.

Traducción: *Alberto Nadal*.